

ENTREVISTA AL GENERAL JOAQUÍN AMARO

PELEANDO CONTRA EL RÉGIMEN HUERTISTA

AMARO ESTUVO ENTRE LOS PRIMEROS QUE ALZARON LA BANDERA REVOLUCIONARIA

Después de ser gravemente herido en un combate con los salgadistas en Guerrero, se ordenó el traslado a Michoacán

La toma de Tacámbaro, lograda por Amaro al no emprender una orden, le valió que lo consideraran un indio yaqui

CÓMO LOGRÓ UN PRÉSTAMO EN URUAPAN

Un sacerdote se encargó de colectar los fondos y después se forjó la leyenda del medio millón

Antes de salir de la ciudad de México, el comandante del 28º cuerpo rural, Gertrudis Sánchez, acompañado del subteniente Amaro, hizo una visita al presidente de la República Francisco I. Madero.

Cuando don Francisco escuchó el apellido Amaro, dirigiéndose al joven subteniente, le preguntó:

—*¿Es usted hijo de don Antonio Amaro? Don Antonio fue uno de mis amigos y uno de los primeros antirreelecciónistas.*

La revolución constitucionalista

A continuación, el presidente quiso saber en qué condiciones había quedado la viuda de Amaro, y al informarle el subteniente que estaba en buena posición, don Francisco se mostró gustoso.

Llevando ya la convicción de que su padre había sido de los primeros maderistas, Amaro marchó al estado de Morelos donde, como se ha dicho en el capítulo anterior, tuvo su bautizo de sangre.

—*Peleamos sin descanso, sin poder abandonar nuestro tren, rodeados por cientos de zapatistas que parecían dispuestos a exterminarnos*, recuerda el general.

Hasta ya entrada la noche, los zapatistas empezaron a retirarse y los rurales pudieron desembarcar, quedando acuartelados en la hacienda El Treinta, donde permanecieron hasta los últimos días de abril. En los meses que estuvieron en Treinta, no dejaron de pelear, pues constantemente se veían asediados por el enemigo.

COMBATIENDO CON LOS SALGADISTAS

En los últimos días de abril (1921), el 28º recibió órdenes de trasladarse a Tepetlaoapan, en el estado de Guerrero, pues eran constantes las dificultades que los rurales maderistas tenían en el estado de Morelos con los federales.

Encontrándose en esta población, Amaro fue ascendido y la oficialidad del cuerpo rural festejaba el 1º de mayo el ascenso de su compañero, cuando llegó el gobernador del estado, licenciado José Inocente Lugo.

Llegaba el gobernador para pedir al comandante Sánchez que le proporcionara uno de los escuadrones del cuerpo para que lo escoltaran en una gira que iba a llevar a cabo por todo el estado, única manera de poder realizar esta jira, ya que los rebeldes salgadistas operaban en todos los distritos.

Mientras que el comandante del cuerpo recibía instrucciones de México, el gobernador Lugo y el capitán Amaro hicieron gran amistad.

—*Desde entonces comprendí que el señor Lugo era un hombre que valía mucho*, dice el hoy general Amaro.

Obtenida la autorización de la Secretaría de Guerra, el general Sánchez quería que el primer escuadrón del 28º fuese el que escoltará al gobernador, pero éste pidió para escolta el 4º escuadrón, que era a las órdenes de Amaro. Éste pocos días después emprendía el viaje con sus soldados, escoltando al licenciado Lugo.

—Nuestro viaje por el estado fue interesante, pero lleno de peligros —refiere el general Amaro, agregando:— teníamos que combatir casi diariamente; pues los salgadistas estaban posesionados de una buena parte del estado, y era necesario irles quitando terreno. Además, los salgadistas eran muy valientes; gente de la costa bien aclimatada, que nos daba constante guerra.

GRAVEMENTE HERIDO

En una de las acciones con los salgadistas, el capitán Amaro resultó gravemente herido. Una pierna le quedó casi destrozada, y en condiciones delicadas fue trasladado a Coyuca de Catalán, pueblo en el que el general Sánchez había establecido el cuartel del 28º cuerpo rural.

Aunque enfermo durante varios meses, el capitán Amaro, que acababa de ser ascendido a mayor debido a su comportamiento en la lucha con los salgadistas, pasó en Coyuca días felices. Vivía allí la familia del gobernador Lugo, y la familia dio hospitalidad a Amaro.

Así llegaron los primeros días 1913, que tan terrible habría de ser en la historia de México; y con el nuevo año llegaron a Coyuca noticias de que en la capital de la República había conspiraciones para derrocar al régimen maderista. Estas noticias tenían indignados a los maderistas del general Sánchez, quienes estaban listos para acudir en defensa del régimen de Madero. No fue, pues, una sorpresa, cuando a mediados de febrero se supo la sublevación ocurrida en la Ciudad de México de los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz.

Todavía no caía el señor Madero, cuando los rurales del 28º se alistaban ya para desconocer cualquier gobierno que fuese consecuencia del cuartelazo de la Ciudadela. Así, al recibirse la noticia de la muerte de los señores Madero y Pino Suárez y de la designación del general Victoriano Huerta como presidente provisional de la República, el general Sánchez tenía ya todo dispuesto para enfrentarse al nuevo gobierno.

LOS PRIMEROS EN DESCONOCER A HUERTA

—Fue el 28º cuerpo rural —dice con orgullo el general Amaro— la primera corporación que desconoció al régimen huertista, sin vacilación alguna.

La revolución constitucionalista

El general Sánchez, creyendo que el mejor terreno para operar era Michoacán, aparte de esperar que ahí encontraría hombres y recursos para la revolución penetró a ese estado, dirigiendo sus miradas a la plaza de Tacámbaro, centro de gran importancia.

Fácilmente se abrieron paso los del 28º cuerpo rural hasta las puertas de Tacámbaro. Amaro, al pronunciarse el general Sánchez, había ascendido a teniente coronel.

La plaza estaba bien defendida, y el general Sánchez dio los dispositivos de combate. Éstos habían sido tomados de acuerdo con un pequeño plan que el general, con un ingeniero amigo que le acompañaba, había formado.

Para darles las órdenes de ataque, el general Sánchez llamó a Amaro, y le hizo saber que había encomendado el ataque por el centro; pero como el teniente coronel Amaro no tenía grandes nociones en el arte militar, no entendió lo que el general Sánchez le había dicho, creyendo que la orden era que abriéndose paso entre el enemigo, entrara hasta el centro de la población.

Empezó el combate, con tan mala suerte para los atacantes, que el general Gertrudis Sánchez resultó gravemente herido al estallarle un pequeño cañón que llevaban los revolucionarios. Esto no desanimó a los maderistas, que siguieron combatiendo.

SURGE “EL INDIO AMARO”

El teniente coronel Amaro, de acuerdo con las órdenes que creía haber recibido, sin hacer alto avanzó hacia el centro de Tacámbaro, desalojando a los federales de sus posiciones. Los hombres de Amaro pelearon con tanto valor y decisión que, al cabo de varias horas de combate, eran los dueños de la plaza.

El teniente coronel Amaro creyó por mucho tiempo que el triunfo se había debido por haber acatado ciegamente la orden de pelear “por el centro,” que seguía creyendo que era el “centro de la población.”

Al hacer referencia a este triunfo de los revolucionarios, el general Amaro dice que a partir de entonces se empezaron a contar muchas leyendas respecto de él.

—*Me llamaban “el Indio Amaro”, decían que yo era yaqui. Yo no desmentí nada, pues en la guerra conviene que crean de uno hasta lo que no es* —dice el ex secretario de Guerra y Marina, y agrega:

José C. Valadés

—Y para que se vea hasta donde en ese tiempo se inventaron leyendas, voy a contar lo que me ocurrió en Tacámbaro, pocos días después de haber tomado la plaza.

Un comerciante de la ciudad, platicando con varios de mis oficiales, les dije que desde que me había visto pelear tan singularmente como yo peleaba, había tenido la seguridad de nuestro triunfo.

Mis oficiales le preguntaron al comerciante cómo era que yo peleaba tan singularmente; y entonces el comerciante aseguró que sólo un indio podía pelear como lo hacía el teniente coronel Amaro; que éste, al frente de sus hombres, había entrado por las calles de Tacámbaro, pie a tierra y llevando como defensa su caballo; que hacía caminar un poco a su caballo, y que luego el teniente coronel aparecía entre las patas del animal echando bala; y que este nuevo sistema de pelear que seguramente sería el que usaban los indios yaquis, había desconcentrado a los defensores de la plaza, pues que les parecía cosa del otro mundo ver que un indio apareciera entre las patas del caballo haciendo disparos certeros: pues que cada bala disparada por Amaro se llevaba a un huertista.

"ASÍ SE FORJAN LAS LEYENDAS"

El general Amaro, después de referir la anterior anécdota, lanzó una carcajada, no sin decir:

—Así es como se forjan las leyendas; así son todas las leyendas sobre el general Amaro.

Y a continuación niega haber usado una arracada.

—Desde joven he sido un hombre serio. ¿Cómo habría de perforarme el oído para ponerme una arracada? Esa es otra de las leyendas —explica, agregando:

—Así como el cuento que he referido sobre mi manera de pelear; así fue la leyenda de la arracada.

Un día unos compañeros me hicieron saber que se aseguraba que yo, a la hora del combate, me ponía una arracada. Me reí y les dije: "Dejen que crean lo que quieran; el caso es infundir temor al enemigo."

Y como no tuve interés en desmentir la leyenda; ésta siguió tomando fuerza y creo que pocas personas son las que saben que jamás usé arracada...

Pero no son éstas las únicas leyendas que se han contado sobre el general Amaro. Se ha dicho que "despachaba a los hombres al otro mundo con la misma tranquilidad con que no hacía el general Villa."

La revolución constitucionalista

UN CURA LO AYUDÓ

Sin embargo, el general Amaro asegura que si hubo en la revolución un grupo ordenado que no cometía arbitrariedades ni crímenes, fue el que estuvo a sus órdenes. Y como prueba, hace conocer lo que ocurrió en la ciudad de Uruapan, cuando los revolucionarios ocuparon la plaza.

—*Cuando entramos a Uruapan, recibí ordenes de imponer un préstamo a la población, de medio millón de pesos. Uruapan era entonces una ciudad muy rica; pero me pareció exagerado el préstamo que se le asignaba.*

Antes de obligar a los ricos a que dieran su contribución, di una vuelta por la ciudad y eché mis cálculos. Después, como yo no conocía a nadie en Uruapan y como no quería que alguno de mis subordinados abusara, se me ocurrió que quien podría ayudarme era el señor cura.

Este era el padre Salgado, quien todavía vive y no me dejará mentir.

Llamé al padre y le dije que necesitábamos de Uruapan medio millón de pesos, y que desde ese momento lo comisionaba para que procediera a hablar con la gente rica para que ésta diera la parte que le correspondía. El padre Salgado se alarmó; quiso rehusar la comisión, que no era muy agradable, pero sí necesaria; entonces le hice bien saber que si él no intervenía en el negocio, me vería precisado a usar de la violencia para obligar a la población a que me diera el medio millón.

Seguramente el cura me vio tan decidido, aparte de que en Uruapan corrían las leyendas sobre el general Amaro, que accedió a lo que le pedía, y en pocas horas me juntó ciento cincuenta mil pesos, cantidad que yo creí que era suficiente para cubrir las necesidades de mis tropas.

Por supuesto que no faltó la leyenda; pues se dijo que yo había sacado medio millón de pesos, y que había amenazado al padre Salgado con fusilarlo si no obtenía el dinero, lo que es falso. En Uruapan vive el padre Salgado que no me dejará mentir...

NO PERMITE LOS SAQUEOS

No fue éste el último incidente ocurrido en Uruapan. A continuación, refiere el ex secretario de Guerra y Marina:

—*Entre mis oficiales había uno a quien le gustaba la marihuana. Era un muchacho valiente, pero un poco desequilibrado.*